

ROSTRO DE LA BEATA MARÍA RÀFOLS

Lo que diseña el verdadero rostro de María Ràfols es la caridad, el amor llevado hasta el heroísmo, la entrega incondicional y constante día tras día.

El día 5 de noviembre celebramos su nacimiento. Día de fiesta gozosa para la Iglesia, y muy especialmente para las Hnas. de Santa Ana y la Familia Santa Ana que la honramos como nuestra Madre Fundadora, junto con el Padre Juan Bonal; y también para la Iglesia de Aragón donde María Ràfols vivió su admirable aventura de acogida y entrega a los más pobres y necesitados de su tiempo, encarnando con su vida las Bienaventuranzas: *“Tuve hambre y me diste de comer, estuve enfermo y me visitaste”* (Mt 25, 35-46). Texto fundamental que inspira el carisma de la congregación junto con el Himno a la Caridad: *“Si no tengo amor nada soy”* (Corintos 13, 1-8).

María Ràfols, desde muy joven vive entregada a hacer el bien a los demás, cuidando a los enfermos y desvalidos, junto al Padre Juan Bonal y otras doncellas en la Hermandad del Hospital de la Santa Cruz de Barcelona. El Padre Juan Bonal la puso de responsable del grupo de las 12 primeras Hermanas que llegaron de Barcelona al Hospital de Nuestra Señora de Gracia, Zaragoza. Pronto dio prueba de su capacidad de liderar la naciente comunidad, de su sabiduría, discreción y firmeza para resolver tantos problemas a los que tuvo que dar repuesta.

María Ràfols, es conocida y reconocida por la gigantesca obra de caridad que realizó, junto a sus hermanas, en el Hospital de Nuestra Señora de Gracia. Dicho hospital se llamaba -y se sigue llamando- *“Domus infirmorum URBIS et ORBIS”*, *“Casa de los enfermos de la CIUDAD Y DEL MUNDO”*. Esta dimensión de universalidad fue un rasgo propio de la Caridad en María Ràfols. El hospital tenía las puertas abiertas a todos los enfermos, sin distinción de raza, nacionalidad, religión ni ideas políticas. No pensemos que aquel hospital se asemejaba a los que actualmente conocemos, muy lejos de ello. Los primeros hospitales agrupaban a todos los enfermos en una única sala, con

independencia de su enfermedad. Excepciones notables eran los asilos mentales, los centros de cuarentena y los sanatorios para tuberculosos que se establecieron a finales del siglo XIX.

María Ràfols, con su corazón maternal, compasivo y generoso, se abrió y vivió la universalidad; herencia extraordinaria que ha dejado a sus Hijas y a la Familia Santa Ana, extendidas por los cinco continentes. En la guerra de la Independencia la universalidad es una evidencia. Ella no hace distinción a la hora de atender y curar a unos y a otros caídos en el frente. Todos son ese rostro de Cristo herido que necesitan del unguento del amor y de los cuidados humanos para vendar sus heridas con el bálsamo de la caridad y de la compasión, de un corazón maternal que sabe intuir el dolor del hermano herido, enfermo y extranjero.

María Ràfols se entregó en cuerpo y alma para aliviar el hambre y la sed de los enfermos y heridos de la guerra. Mujer valiente y decidida, muestra su audacia para venir en ayuda asistencial de los enfermos y heridos, llegando incluso a exigir a los franceses víveres y material sanitario, pidiendo auxilio y comida para los enfermos que estaban muriéndose de hambre. María Ràfols consiguió ser recibida por el general Lannes de quien, no solamente obtuvo un salvoconducto y material de primera necesidad, sino que pudo asistir a los prisioneros heridos y recibir alimentos. María Ràfols no temió el riesgo que suponía el gesto de presentarse ante el general Lannes. Acompañada de dos hermanas, hicieron oídos sordos a las burlas de los soldados franceses, y armándose de valor ante el riesgo que implicaba semejante acto siguieron su objetivo por amor a los enfermos y heridos. No en vano se le otorgó el título de “Heroína de la Caridad”. La acción de esta mujer es heroica, y el valor que muestra para hacer frente a esta situación es conmovedor. Y es que el amor es más fuerte que el miedo, incluso que el peligro de la muerte. Para quien ama nada hay difícil.

Al contemplar la vida de esta mujer sencilla, pero llena del espíritu de Dios hecho caridad, valentía y amor para los demás, podemos preguntarnos: ¿De dónde le venía tal fortaleza, valor y capacidad de entrega? María Ràfols tenía una identidad propia y esa identidad, sin dudarlo, le viene de Cristo. Ella se sentía llamada a continuar su misión en la tierra, a ser para el mundo presencia del amor y de la misericordia de Dios Padre. Toda su vida fue un don para los demás. *“Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí (Gal. 2,20).* Esta frase de San Pablo se la podemos aplicar a ella. La vida de María Ràfols era una vida cristológica, pues era una mujer cristificada: *“mi vivir es Cristo” (Filipenses, 1, 21),* y de esta unión con Cristo resplandece su santidad y nacen las obras.

Si la vida de María Ràfols está centrada en Cristo, también es mariana. La congregación nace a los pies de Nuestra Señora del Pilar, y el amor a la Virgen marca en ella una forma de ser femenina, una manera de situarse ante la vida y ante los acontecimientos, y desde esa capacidad femenina hecha delicadeza, ternura, serenidad y humildad de corazón aceptar hasta lo incomprensible. Como María ella también dirá: ¡heme aquí para hacer tu voluntad!

En la Exhortación *Gaudete et Exultate*, el papa Francisco, muy atento a los valores femeninos, dice: “Dentro de las formas variadas de santidad, quiero destacar que el «genio femenino» también se manifiesta en estilos femeninos de santidad, indispensables para reflejar la santidad de Dios en este mundo. Precisamente, en épocas en que las mujeres fueron más relegadas, el Espíritu Santo suscitó santas cuya fascinación provocó nuevos dinamismos espirituales e importantes reformas en la Iglesia”.

Estas palabras del papa Francisco le van muy bien a María Ràfols, mujer de su tiempo, con muchas ataduras y condicionamientos, sabe sobrepasar las dificultades con audacia y valentía; ella realiza el papel importante de la mujer en la sociedad, tan necesitada de la mano femenina; además tiene una visión abierta y profunda de lo

que es y cuenta la persona y, ante esta idea, no escatima lo más mínimo para llegar a los más profundo y esencial de ella, esto le lleva convirtiéndose en cercanía y servicio realizado desde su ser femenino. En cada persona ve, por encima de sus apariencias y modales, lo que realmente es: hijo, hija de Dios, creados a su imagen y semejanza. De esta visión de la persona nace ese gran amor, pues, para ella, amar al hermano es amar a Dios y amar a Dios es amar al hermano. Acción y contemplación en María Ràfols caminan unidas.

María Ràfols no separo acción y contemplación, al contrario, abierta a la acción del Espíritu -quien engendró en ella el Carisma de la Caridad-, vivió la contemplación y la acción desde ese genio femenino muy propio y característico de ella: sin ruido, con afabilidad, sencillez y discreción; pero sabiendo muy bien lo que hacía y por quien lo hacía; llena de amor y delicadeza femenina. De este amor interior surge su divisa: **“con el mayor cuidado, con todo detalle, con todo amor”**¹. Y como dice Santa Teresa: “Solo el amor es el que da valor a todas las cosas”.

María Ràfols, con su vida sencilla, discreta, atenta al soplo del Espíritu y de las necesidades de sus hermanos, provocó ese dinamismo espiritual hecho hospitalidad, entrega y comprensión de la sociedad de su tiempo -decadente como estaba-, tanto moral como social; ella provocó nuevos dinamismos sociales y espirituales. Comprendió lo que implicaba y significaba el cuidado de la persona en su integridad y se entregó completamente al “cuidado de los cuerpos y de las almas”. “La caridad armonizó su vida de oración, su vida fraterna, con una entrega constante a Dios en la misión. Su generosidad la llevó a centrarse en los más pobres y necesitados, olvidándose de sí, viviendo la hospitalidad como ofrenda y entrega”².

Dice el papa Francisco: “La santidad es el rostro más bello de la Iglesia”³. En este día y siempre, María Ràfols nos invita y anima a ser santos, a vivir nuestra verdadera y

¹ Constituciones de las Hermanas de la Caridad de Santa Ana. Nº 18.

² Cfr. Const. 19.

³ Exhortación Gaudete et Exultate.

profunda vocación a la santidad, sea cual sea nuestro estado de vida. También hoy, nuestra sociedad, está necesitada de mujeres “revolucionaras, heroicas en el amor” Mujeres que eleven el nivel de nuestra sociedad y sepan transmitir los verdaderos valores que engrandecen y dan altura y profundidad al ser humano. En tiempos de decadencia social, siempre brillan hombres y mujeres que hacen que, de las cenizas, brille la luz.

Quisiera terminar con un pensamiento de Martin Descalzo: “Solo mueren los que nunca han vivido. Los que han vivido una vez y del todo siguen ya viviendo siempre al otro lado de la muerte”⁴. María Ràfols sigue viviendo en sus obras, en sus hijas en la Familia Santa Ana y en cuantas personas viven el Carisma de la Caridad hecha Hospitalidad.

Hna. Carmen Herrero

⁴ J.L. Martin Descalzo *“El verdadero rostro de María Ràfols”*, 3e edición. p. 207. Congregación de Hermanas de Santa Ana, Zaragoza 1993.